

MARÍA ANTONIA DE BORBÓN E ISABEL DE BRAGANZA: EL VALOR SIMBÓLICO DE LAS DOS PRIMERAS MUJERES DE FERNANDO VII

ANTONIO CALVO MATURANA*

Universidad de Alicante

Recibido: 8/3/2010

Aceptado: 9/10/2010

Resumen

En la línea de este monográfico sobre *Género e imagen del poder*, prestaremos atención al papel que en la propaganda oficial y la extraoficial desempeñaron las dos primeras mujeres de Fernando VII. Aunque vivieron dos coyunturas históricas muy distintas que marcaron sus respectivas imágenes, tanto una como la otra fueron instrumentalizadas por el discurso del poder. Según los intereses de cada autor, la princesa María Antonia de Nápoles fue retratada como una mártir virtuosa y como una conspiradora. Por su parte, la reina Isabel de Braganza fue homenajeadada en su boda, su maternidad y su muerte; actos en todo momento marcados por los intereses políticos de la Monarquía. Como veremos, el clásico discurso de arquetipos y estereotipos femeninos se mantuvo claramente a principios del siglo XIX español.

Palabras clave: María Antonia de Nápoles, Isabel de Braganza, Fernando VII, Monarquía, Reinas de España, Propaganda, Poder, Género, Siglo XIX.

Abstract

According to a monograph about *Gender and power's image*, this essay pays attention to the role that the two first Ferdinand VII's wives played in official and unofficial propaganda. Although they lived different historical circumstances (that obviously influenced their public images), both of them were manipulated and used by the Power's

* Miembro del proyecto de investigación I+D: «La Corona en la España del siglo XIX. Representaciones, legitimidad y búsqueda de una identidad colectiva» (HAR2008-04389).

speech. Depending on the writers' interests, Princess Maria Antonia was portrayed as either a virtuous martyr or a conspirator. In relation to Queen Isabel of Braganza, she was been praised during her wedding, maternity and funeral according to the Monarchy's political aims. This article illustrates the classical speech of archetypes and stereotypes was still alive during the beginning of the Spanish Nineteenth Century.

Keywords: Princess Maria Antonia of Naples and Sicily, Maria Isabel of Braganza, Ferdinand VII, Monarchy, Spanish Queens, Propaganda, Power, Gender, XIXth Century.

En un monográfico sobre *Género e imagen del poder en la historia contemporánea* ha de haber hueco, necesariamente, para las mujeres de la familia de Fernando VII, tan trascendentes políticamente. Ante esta afirmación, el lector pensará con toda lógica en tres nombres. En primer lugar, en el de su madre, María Luisa de Parma¹, una reina con gran protagonismo político en el reinado de Carlos IV, marcado por las desavenencias del entonces príncipe de Asturias con sus padres y el hombre de confianza de estos, Manuel Godoy. Tras una campaña de desprestigio contra su propia madre² que le ayudó a dar el golpe de Estado de Aranjuez, Fernando VII acabó por intentar rehabilitarla, no por remordimientos de conciencia, sino para contrarrestar la marea de panfletos que durante la Guerra de la Independencia³ habían hecho de «El Deseado» el hijo de una mujer viciosa y depravada, algo nada conveniente desde luego para la imagen de un monarca.

En segundo lugar, se puede pensar en la última de sus esposas, María Cristina de Borbón Dos Sicilias. Las reinas regentes, madres de herederos menores de edad, siempre han tenido un papel político especial. El caso de María Cristina fue especialmente complejo⁴, ya que en este caso el heredero era una mujer y había un pretendiente masculino al trono. Como siempre, los desplazados políticamente por una reina o una regente acusaron a sus enemigos de haber accedido al poder a través del lecho real. Pero a María Cristina se le acabaron rebelando sus propios aliados. En un principio, los liberales

1. CALVO MATURANA, Antonio. *María Luisa de Parma: reina de España, esclava del mito*. Granada, Universidad de Granada, 2007.

2. CALVO MATURANA, Antonio. «Eva y la pérdida del Paraíso Imperial: alegorías misóginas de María Luisa de Parma en el siglo XIX». *Reales Sitios*, 167 (2006), pp. 68-77.

3. CALVO MATURANA, Antonio. «“Napoladrón Malaparte”, “El Choricero” y la “Madre desnaturalizada”: los papeles antagonistas en el mensaje legitimador de “El Deseado”». En *Ocupació i Resistència a la Guerra del Francès, 1808-1814*. Barcelona, Museo de Historia de Cataluña, 2007, pp. 180-202.

4. Dentro del citado proyecto «La Corona en la España del siglo XIX», hay que destacar el trabajo que sobre esta reina ha firmado CASADO, M^a Ángeles. «María Cristina de Borbón. Una controvertida imagen real». En E. La Parra (coord.). *Reyes y regentes de España (siglo XIX)*. *La imagen del poder*, que será publicado en breve. Véanse también las páginas que Isabel Burdiel le dedica a la Regencia en su obra sobre Isabel II (BURDIEL, Isabel. *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*. Madrid, Espasa, 2004, pp. 39-128).

alabaron a la cabeza visible del sistema que les daba el poder⁵, pero Espartero asumió la regencia en 1840 expulsando a la Reina Gobernadora. La transgresora conducta de María Cristina, que se había vuelto a casar a los pocos meses de haber fallecido el rey⁶, había acrecentado su desprestigio (al contrario que en el caso de los hombres, la vida privada de las mujeres de la Familia Real afectaba directamente a su imagen).

La tercera mujer poderosa relacionada con Fernando VII fue su hija Isabel II⁷. Con ella se cierra el trío casi consecutivo de mujeres cuya influencia política se quiso contrarrestar con críticas misóginas a su vida privada. Las tres vivieron una época convulsa y acabaron en el exilio. En todas ellas hay que separar lo biográfico de lo simbólico. Es difícil discernir su verdadero papel como reinas⁸ del papel asignado por la propaganda generada a su favor y en su contra.

Mucho más que los hombres, las mujeres relacionadas con el ejercicio del poder han sido mitificadas históricamente según arquetipos y estereotipos relacionados con la visión imperante de la feminidad⁹. La propaganda oficial las convertía en una personificación del elenco de virtudes femeniles de su época, mientras que la oposición las demonizaba para atacar al sistema. En este sentido hay que entender leyendas como la de Isabel de Valois y el príncipe Carlos, alimentadas por los enemigos europeos de Felipe II, o las críticas cortesanas a Mariana de Austria, que se vio obligada a representarse de manera «monjil» ante la paleta de Velázquez¹⁰.

5. MARTÍNEZ DE HARO, Pedro. *Cristiniada, o sea Triunfo de la libertad. Canto primero en verso endecasílabo asonante*. Almería, Imprenta de Ramón González, 1835.

6. Lo mismo que había hecho, por cierto, su marido tras la muerte de Isabel de Braganza en 1818 y la de María Josefa Amalia de Sajonia en 1829. La Razón de Estado y, sobre todo, el hecho de que fuera un varón provocaban una imagen completamente distinta del mismo hecho.

7. BURDIEL, Isabel. *Op.cit.* También GUTIÉRREZ, Rosa Ana. «Isabel II, de símbolo de la libertad a deshonor de España». En E. La Parra (coord.). *Reyes y regentes...*, *Op.cit.*

8. No importa ahora si consortes, regentes o propietarias.

9. Véanse: CAMPBELL ORR, Clarissa (ed.). *Queenship in Europe, 1660-1815. The role of the consort*. Cambridge, C.U.P., 2004; COSANDEY, Fanny. *La Reine de France. Symbole et Pouvoir, XV-XVIII^e siècle*. París, Gallimard, 2000; FRADENBURG, Olga (ed.). *Women and Sovereignty*. Edimburgh, Edimburgh and Columbia University Press, 1993; HUNT, Lynn. *Politics, culture, and class in the French Revolution*. London. Methuen, 1986; HUNT, Lynn. *Eroticism and the body politic*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, c1991; y SÁNCHEZ, Magdalena S. *The Empress, the Queen and the Nun. Women and Power at the Court of Philip III of Spain*. Baltimore and London, The John Hopkins University Press, 1998.

10. Véase: OLIVÁN SANTALIESTRA, Laura. *Mariana de Austria: imagen, poder y diplomacia de una reina cortesana*. Madrid, UCM, 2006.

Los modelos y contramodelos femeninos son útiles más allá de su coyuntura histórica. Los historiadores del XIX¹¹ escribieron la historia de «su España», marcada por mujeres ejemplares como Isabel I¹² y otras despóticas con sus débiles maridos, paradigmas de la corrupción del Antiguo Régimen, como Isabel de Farnesio o María Luisa de Parma.

Por todos estos motivos, considero necesario estudiar la figura de María Antonia de Nápoles e Isabel de Braganza. En principio, la primera esposa de Fernando VII, que falleció como princesa de Asturias (1802-1806) sin haber podido ser madre (un par de abortos se lo impidieron) ni reina, puede parecer un personaje anecdótico¹³. La misma impresión puede dar Isabel de Braganza¹⁴, que tampoco alumbró un heredero y que sólo ocupó el trono dos años (1816-1818). Pero es precisamente el contraste de sus cortas y desconocidas vidas con la riqueza simbólica y la instrumentalización política de su imagen lo que da sentido a este estudio.

No menos importante será la comparación entre la imagen de una y otra. María Antonia vivió en una Corte hostil, en la que su marido apenas tenía influencia. Su muerte no tuvo más homenaje escrito que la noticia de la *Gaceta de Madrid*. Destronado Carlos IV, la princesa fue representada como una mártir. En cambio, Isabel se casó con Fernando cuando este era el rey, así que la propaganda oficial le dio todo el protagonismo que no tuvo María Antonia.

11. SCHULTE, Regina. «The queen –a middle class tragedy–: the writing of History and the creation of myths in nineteenth-century France and Germany». *Gender and History*, 14.2 (August 2002), pp. 266-293.

12. WEISSBERGER, Barbara F. *Isabel Rules. Constructing queenship, wielding power*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 2004.

13. Con la excepción del valioso artículo de Camille Pitollot («Notes sur la première femme de Ferdinand VII. Marie-Antoinette-Thérèse de Naples»). *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XVIII-XIX, (1914-1915)) no existen obras monográficas sobre el personaje. Se han escrito algunos capítulos biográficos en obras generales sobre reinas de España o sobre las esposas de Fernando VII, pero no he tenido la suerte de encontrar con ninguno que no siga al pie de la letra lo escrito hace ya casi un siglo por el marqués de Villaurrutia (*Las mujeres de Fernando VII*. Madrid, Francisco Beltrán, 1916, pp.16-46). En cambio, se pueden encontrar interesantes referencias al papel político de María Antonia en obras sobre el reinado de Carlos IV o sus antecedentes. Véanse: IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel. *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, pp. 204-222; LA PARRA LÓPEZ, Emilio. *Manuel Godoy. La aventura del poder*. Barcelona, Tusquets, 2002, pp. 350-365; y SECO SERRANO, Carlos. *Godoy. El hombre y el político*. Madrid, Espasa-Calpe, 1978, pp. 152-166.

14. Debido al gusto artístico de la reina y al interés que se puso en sus exequias, Isabel de Braganza ha despertado interés en los historiadores del Arte. En cuanto a los estudios biográficos sobre el personaje, las carencias son incluso mayores que en el caso de María Antonia de Nápoles.

Como veremos, la coyuntura política condicionó enormemente la imagen de ambas mujeres.

1. María Antonia de Nápoles: la princesa mártir

El 14 de abril de 1802, en el contexto optimista de la Paz de Amiens, que parecía haber puesto fin a las guerras que asolaban a sus reinos, Carlos IV pactó con su hermano Fernando I de Nápoles un doble enlace con la rama borbónica de las Dos Sicilias: el de su hijo Fernando, príncipe de Asturias, con María Antonia de Borbón y el de su hija la infanta María Isabel con el heredero napolitano, Francisco. Además de proporcionar herederos de sangre real para ambos reinos, el matrimonio buscaba –según palabras del anuncio de Carlos IV– aumentar y estrechar «con nuevos y más fuertes vínculos el parentesco que felizmente hay entre mi Real Familia y la de Nápoles, y que se afirmen y permanezcan en ambas la amistad, amor y buena correspondencia que tanto importa a las dos Monarquías»¹⁵.

El aparato propagandístico de Carlos IV aprovechó el enlace para celebrar una gran fiesta de la Monarquía. La Familia Real se desplazó a Barcelona¹⁶, previo paso por Zaragoza¹⁷, y volvió a Madrid deteniéndose en Valencia¹⁸ y Murcia¹⁹. Todas estas ciudades y otras del Reino (Madrid incluida²⁰) se esforzaron en homenajear a sus reyes, ya que este tipo de visitas era excepcional.

15. A.H.N., *Estado*, leg. 2960.

16. PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles. *Barcelona, Corte. La visita de Carlos IV en 1802*. Barcelona, Universidad, 1973. En el apéndice documental se pueden ver algunos de los textos literarios compuestos para la ocasión.

17. CAÑIZAR DE SAN SEBASTIÁN, Pío. *Relación de los regocijos públicos con que la... ciudad de Zaragoza obsequió á los Reyes... Carlos IV y... María Luisa de Borbón,... Príncipe de Asturias, y SS. Infantes en su entrada, y mansión en ella con motivo de su viaje á Barcelona para efectuar los Matrimonios del Sr. Don Fernando Príncipe de Asturias con... Doña María Antonia Princesa de Nápoles, y de la... Infanta... Isabel con el... Príncipe heredero de Nápoles*. Zaragoza, Por los Herederos de la Viuda de Francisco Moreno, ¿1803?

18. MONTEAGUDO ROBLEDO, M^a Pilar. *El espectáculo del poder. Fiestas Reales en la Valencia Moderna*. Valencia, Ajuntament de València, 1995.

19. MESEGUER, Francisco. *La lealtad murciana. Rasgo poético en dos cantos, escrito a solicitud de la ilustre junta de festejos, destinados al obsequio de nuestros augustos monarcas (...) en sus tránsitos por la ciudad de Murcia, verificados en los últimos días de diciembre del año pasado de 1802*. Murcia, Don Juan Vicente Teruel, 1803.

20. Descripción de las fiestas madrileñas en: *Gaceta de Madrid*, 58 (22 de julio de 1802), p. 638; y en: PINEDA Y CEVALLOS ESCALERA, Antonio. *Casamientos regios de la Casa de Borbón en España (1701-1879)*. Madrid, Imprenta de E. de la Riva, 1881, pp. 164-185.

Las celebraciones fueron acompañadas del acostumbrado indulto general²¹ y de una lista de promociones y honores.

Como homenaje a la visita de la familia de Carlos IV a la Universidad de Valencia se conserva un cuadro de Vicente López que ilustra a la perfección el papel de María Antonia en estas celebraciones. En la imagen, la princesa está en un segundo plano, detrás de su marido Fernando, mirando hacia otro lado. La napolitana tiene el mismo papel secundario en todas las composiciones literarias y en todas las descripciones de festejos, donde se la menciona poco y con brevedad. Como convidado de piedra a su propia boda, María Antonia era un medio para tres fines: el prestigio de los reyes en las celebraciones, el acercamiento de España y Nápoles, y la garantía de un futuro heredero para la Corona.

En cuatro años, apenas fue retratada y aún menos elogiada por la imprenta; nada comparable al protagonismo que su suegra María Luisa había tenido como princesa de Asturias en la Corte del viudo Carlos III²². A este poco mimo con que la propaganda oficial trató a María Antonia no ayudaron, desde luego, las malas relaciones hispano-napolitanas y el progresivo distanciamiento entre el príncipe Fernando y sus padres. Gracias a la correspondencia de la reina María Luisa con Godoy, hay constancia documental de la desconfianza que la princesa de Asturias inspiraba a los reyes²³. Por lady Holland, sabemos que estas malas relaciones eran *vox populi* en la Corte de la época²⁴.

A pesar de lo dicho, resulta sorprendente que, tras el fallecimiento de María Antonia en 1806, sólo podamos recurrir a un testimonio oficial, el de la *Gaceta de Madrid*, que hizo una fría y escabrosa descripción de la enfermedad

21. *Gaceta de Madrid*, 76 (17 de septiembre de 1802), pp. 938-939; y *Real Cédula de 25 de julio de 1803. Para que en los Reynos de las Indias e Islas Filipinas tenga... cumplimiento el indulto general concedido en celebridad del matrimonio del Príncipe con la Princesa de Nápoles Doña María Antonia*, 1803.

22. CALVO MATURANA, Antonio. *María Luisa de Parma... Op.cit.*

23. Por ejemplo, María Luisa la llamaba «diabólica sierpe» el 10 de octubre de 1805. Los franceses habían interceptado una carta de María Antonia a su madre María Carolina de Nápoles augurando la caída de Godoy si Carlos IV no sobrevivía a su enfermedad (LA PARRA, Emilio. *Manuel Godoy...*, *Op.cit.*, pp. 323-324). Godoy reconoce las malas relaciones entre suegra y nuera, culpando a la segunda (GODOY, Manuel. *Memorias*. Alicante, Universidad de Alicante, 2008, 2, XVIII, pp. 997-998). Para un acercamiento a la correspondencia de María Luisa con Godoy y de María Antonia con su madre María Carolina de Nápoles y otros personajes de la época, véase: VILLAURRUTIA, M. de: *Op.cit.*, pp. 16-46.

24. CALVO MATURANA, Antonio Juan. «Elisabeth Holland: portavoz de los silenciados y cómplice de un tópico». *Cuadernos de Historia Moderna*, 29 (2004), pp. 65-90.

de la princesa, como si quisiera anticiparse a la leyenda del envenenamiento²⁵. He aquí una selección del texto que aúna la desacralizada descripción del cuerpo de María Antonia con el esfuerzo de los médicos del rey por salvar su vida:

El miércoles 21 del corriente a las 4 de la tarde falleció en el Real Palacio de Aranjuez la Serma. Sra. Doña MARÍA ANTONIA DE BORBÓN, PRINCESA DE ASTURIAS. La penosa y larga enfermedad que terminó la preciosa vida de S.A. fue una tisis tuberculosa, consecuencia de un vicio de conformación, que fue presentando incorregibles productos, así como fue desenvolviendo su carácter tuberculoso. Desde la llegada de S.A. a España [se] hicieron patente[s] la debilidad física y esencial que padecía, el caído color de su rostro, la laxitud, blandura y calor remiso de sus carnes, la opresión de pecho y continuas palpitaciones en el corazón de que se quejaba y a que acompañaban calenturas erráticas, las más veces en clase remitentes y siempre presentando anomalías invencibles, agravándose todo esto con los dos abortos que desgraciadamente sufrió S.A. El día 6 de noviembre fue invadida en el Real Sitio de S. Loranzo de una artritis universal, acompañada de calenturas remitentes, erráticas y supuratorias, con vómitos, opresión de pecho y tos con estrías de sangre (...) pudo trasladarse con la Corte en 2 de enero (...) siguió S.A. con la misma calentura, tos y vómitos (...) en el día 16 (...) arrojó S.A. por la boca bastante cantidad de sangre rutilante y espumosa, y a las 4 de la mañana siguiente, estimulada por la misma tos y estertor congojoso, depuso la cantidad de 3 a 4 onzas de pus bien caracterizado (...) Este fatal suceso aconteció a pesar de la exactitud, vigilancia y esmero con que los 7 profesores de Cámara de S.M. con ejercicio asistieron a S.A. de día y noche por expresa Real orden de SS.MM (...) El concepto que habían formado dichos Profesores desde los principios de estos males (...) se vio palpablemente en la preparación que se hizo del Real cadáver para embalsamarle. En él pues se vio que el corazón era de enorme magnitud, que estaban dilatados o aneurismáticos sus ventrículos, sus senos, sus aurículas y los grandes vasos que salen de estas cavidades

25. Existe la leyenda (al parecer recogida entre la rumorología del momento por la duquesa de Abrantes) de que María Antonia se envenenó bebiendo una taza de chocolate; artimaña de la que –por supuesto– se culpaba a la reina María Luisa. Ni siquiera el marqués de Villaurrutia (VILLAUURUTIA, M. de. *Op.cit.*) dio credibilidad a esta historia que se propagó a lo largo del XIX. Para conocer el éxito de la leyenda del chocolate a lo largo del XIX, véase: PITOLLET, C. *Op.cit.* He aquí la versión de Godoy: «No me detendré a refutar las inicuas sospechas que algunos pocos malvados pretendieron esparcir de que había muerto envenenada. Sabido fue de toda España que aquella princesa adolecía de tiempo muy antiguo de una tisis tuberculosa que desenvuelta por sus grados naturales remató sus días. Los reyes napolitanos, haciendo poco aprecio de aquel achaque de su hija y ocultándolo a los nuestros, concertaron su enlace malamente y la sacrificaron dirigiéndola a un país como Madrid, de un clima tan diverso del de Nápoles. Su asistencia fue esmerada: los siete profesores de cámara del rey que velaron largo tiempo por la salud de la princesa pudieron alargar su existencia cuanto alcanzaron los recursos del arte; pero la enfermedad era incurable» (GODOY, Manuel. *Op.cit.*, 2, XXIV, p. 1135).

(...) abierto el abdomen se halló lleno de serosidad (...) el cuerpo todo en un estado anasárquico y cubierto de manchas amoratadas. Con el motivo del fallecimiento de la PRINCESA DE ASTURIAS Ntra. Sra. ha mandado el REY que se vista la Corte de luto y que sea este general en todo el Reino, por espacio de 6 meses, los 3 primeros riguroso y los otros 3 de alivio, empezando el día 22 del corriente²⁶.

En su siguiente número, la *Gaceta* anunciaba el nacimiento de la hija de la infanta María Isabel, niña que curiosamente acabaría siendo la cuarta mujer de Fernando, María Cristina de Borbón²⁷. El posterior anunciaba la celebración en la Corte del santo del príncipe de Asturias sin mencionar su reciente viudedad²⁸. Finalmente, un suplemento a la *Gaceta*²⁹ describía el traslado del cuerpo a El Escorial.

Tan sintomático es el silencio de la imprenta tras la muerte de la princesa de Asturias como la aparición de alusiones a ella tras la caída de Carlos IV. Como sabemos, se publicaron a partir de 1808 varias obras con la intención de fomentar el mito del príncipe perseguido por Godoy y la reina, buscando legitimar la Conspiración del Escorial y el Motín de Aranjuez. Algunos de estos impresos incluyeron la muerte de la princesa María Antonia entre los crímenes del Príncipe de la Paz.

Está implícita la figura de la princesa en la oda *San Hermenegildo, rey de Sevilla*³⁰, entonada en el teatro del Príncipe los días 22 y el 23 de marzo de 1808³¹, a los pocos días del Motín de Aranjuez. Fernando hizo suya la historia del santo visigodo, perseguido por su padre Leovigildo y especialmente por su madre, Gosuinda. Tanto Hermenegildo como su mujer Ingunda fueron perseguidos al haber abrazado el catolicismo en una Corte de credo aún arriano. No hace falta explicar el partido que la propaganda fernandina pudo sacar de aquella historia.

Pero existen alusiones más directas a la napolitana. Podemos leer por aquellos años que «la virtuosa María Antonia» fue perseguida «de muerte» en una «Corte corrompida» llena de «maldades y horrores», dirigida por las

26. *Gaceta de Madrid*, 44 (27 de mayo de 1806), pp. 444-445. La comunicación al Consejo en: AHN, *Estado*, legs.2465/2466.

27. *Gaceta de Madrid*, 45 (30 de mayo de 1806), p. 457.

28. *Gaceta de Madrid*, 46 (3 de junio de 1806), p. 468.

29. *Suplemento a la Gaceta de Madrid* (6 de junio de 1806), pp. 481-488.

30. Se trata de la oda de Góngora de 1590.

31. ANDIOC, R. y COULON, M. (eds.). *Cartelera madrileña del siglo XVIII (1708-1808)*. Madrid, FUE, 2008, 2 vols.

«intrigas de la Reina»³². O que Godoy había concebido «el negro designio de ir sordamente acortando los preciosísimos días de la Princesa»³³.

Una vez más, la imagen de la princesa era un instrumento, ahora de los partidarios de su esposo y enemigos de Godoy. El *Himno a la buena memoria de la señora Doña María Antonia de Borbón* es una excusa para atacar al Príncipe de la Paz y a Napoleón. El autor comparaba la España esperanzada de las bodas de 1802³⁴ con la arrasada de 1808³⁵, y terminaba por hacer un llamamiento de varias páginas a los españoles para que expulsasen a los franceses y sacudiesen el «yugo de la esclavitud» en nombre de la patria, la religión y Fernando (aclamado por «la nación» como «su único Rey», «su padre tierno» y «su dueño universal»)³⁶. Este es el verdadero trasfondo del texto. María Antonia aparece como gran esposa y elenco de virtudes, pero sobre todo como la «inocente y oprimida» mujer de Fernando VII que fue «la primera víctima de la intriga infernal de los tiranos»³⁷. El martirio de esta princesa se asociaba al de Fernando, ella era la reina del corazón de los fernandinos:

Sí, entre nosotros serás la reina y la constante esposa de nuestro caro Fernando: sus palmas y las tuyas formarán los trofeos de nuestra inmensa gloria y nosotros por reina de la España te aclamaremos siempre (...) Reina serás en la memoria nuestra (...) Reina te proclamamos de la España por tus heroicos hechos granjeado, pues en los cortos años de tu vida presagios ciertos, pruebas evidentes de tu felicidad eterna nos dejaste, y una gran pauta de

32. *Breve respuesta a los libelos...* Cádiz, Reimpresión por D. Josef Niel, calle de S. Francisco, s.a., pp. 1-3.

33. *La inocencia perseguida o las desgracias de Fernando VII. Poesía escrita por una señora inglesa, y traducida al castellano por Don Amarino Corbh.* Madrid, Imprenta de Doblado, MDCCCVIII, p. 13.

34. «Dígnate una mirada, al menos dirigir a nosotros, a tu España, al país hermoso que en tiempos más gloriosos procreó a tus padres y los nuestros: a la España envidiada de Europa, y cubierta de la ruinosa ignominia de tu homicida... por su tiránico gobierno desolada, y envilecida en el cobarde descanso de su preponderado favorito... Sí, mírala desde ese eminente y prodigioso lugar que ocupas: mírala con los dulces ojos que la primera vez... mira la ciudad ostentosa, emporio de la fama y capital de la noble Cataluña, en donde tu nombre excelso resonó tantas veces: mira el lugar que tu belleza augusta dedicó para cuna el tierno amor de tu anheloso Fernando: de aquel Fernando que te estrechó a la vista del orbe entero con júbilo y aplauso general» (*Himno a la buena memoria de la señora Doña María Antonia de Borbón, felicitándola reina de España y de sus Indias.* Madrid, Imprenta de Collado, 1808, pp. 8-9).

35. «Verás todo el país de Cataluña, hermoso y aplicado, de saludables frutos cubiertos en otro tiempo... casi espirando de la perfidia y traición a manos, sí, del que te destronó a ti, a tu glorioso Padre, al bondadoso Tío y en fin a tu familia entera» (*Ibid.*, pp. 10-11).

36. *Ibid.*, pp. 13-18.

37. *Ibid.*, p. 19.

perfección dechado, escuela de costumbres envidiable y la gran obligación de Reina³⁸.

Otra obra, *La inocencia perseguida o desgracias de Fernando VII*, explica el porqué del silencio de las imprentas en 1806 tras la muerte de la princesa. Cuenta que «se compusieron algunas poesías que todas quedaron inéditas por el empeño que se formó en sepultar en el olvido las relevantes prendas de esta malograda Princesa»³⁹. Esta obra incluye al final una de las poesías⁴⁰ supuestamente compuestas en memoria de María Antonia y cuya publicación habría sido evitada por los reyes y Godoy. Es lógico que más de un autor intentase halagar al poder llorando la muerte de la princesa de Asturias, y es extraño no haber encontrado ninguna publicación al respecto en España antes de 1808; en consecuencia, la explicación es verosímil: Carlos y María Luisa quisieron sepultar en el olvido a su discípula nuera. Las malas relaciones personales habrían tenido más peso que la costumbre, el factor personal se habría impuesto a la tradición propagandística de la Monarquía de hacer de cada miembro fallecido de la Familia Real un modelo de virtud.

El único impreso sobre la muerte de María Antonia publicado antes de 1808 que he podido localizar salió a la luz en el virreinato del Perú⁴¹, lejos de la Corte de Madrid. Junto a una descripción de las exequias y una oración fúnebre, el libro contiene una oda del poeta de Guayaquil, José Joaquín de Olmedo. El texto es sorprendente, y no por lo que dice de la princesa, sino por la imagen que ofrece de la Monarquía Hispánica. El futuro independentista habla de ruina y esclavitud, sólo la última estrofa ofrece algo de optimismo esperando que el león dormido volviese a rugir. He aquí un fragmento pesimista o crítico, que tanto contrasta con los textos entusiastas de 1802; parece que con María Antonia había muerto también el espíritu optimista de aquellas fiestas:

Así tu ira, Señor, bajo las formas
De asoladora peste y hambre y guerra,
Se derramó por la infeliz España,
Y aquella que llenó toda la tierra

38. *Ibid.*, pp. 20-22.

39. *La inocencia perseguida... Op.cit.*, pp. 13-14.

40. Es esta: «Bate sus negras alas ya la muerte./Y volar osa del Monarca hispano/A la regia mansión: tras ella insano/Va el dolor con aljava y arco fuerte./¡Oh Princesa infeliz! ¡Oh dura suerte!/La parca llega, empero el inhumano/Rostro vuelve al herirte en ofenderte./Y ya el dolor al Príncipe gallardo./De débil esperanza sostenido./Clavó en el pecho penetrante dardo./«Ay, exclama, mi esposa ha fallecido»/Y abatido suspira, y enmudece:/Velo su España fiel y desfallece» (*Ibid.*, p. 36).

41. *Exequias de la Serenísima Señora D. María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias*. Lima, Imprenta de los Huérfanos, 1807.

Con hazañas tan dignas de memoria,
 En sus débiles hombros ya ni puede
 Sostener el cadáver de su gloria:
 Y la que, un tiempo, Reina se decía
 De uno y otro hemisferio,
 Y vio besar su planta y pedir leyes
 A los pueblos humildes y a los reyes
 Llora cual una esclava en cautiverio⁴².

Fijémonos en un penúltimo texto. En 1815, reestablecido Fernando VII en el trono, fue publicada una oración fúnebre leída en San Sebastián en 1807. Su autor era Fray José del Salvador, hombre de confianza del rey y predicador de su Real Capilla. Fernando admitió la publicación de esta oración⁴³ de la que podemos hacer tres apreciaciones (teniendo en cuenta que no podemos saber hasta qué punto el discurso publicado en 1815 es el mismo que el leído en 1806). Ante todo, la imagen de María Antonia es la que se espera de una princesa de la época, un arquetipo que se repite en los textos del XVIII y el XIX⁴⁴. En segundo lugar, Salvador muestra el mismo fatalismo de Olmedo, dibujando a un Dios que castiga a su pueblo infiel con hambre, guerra y epidemias⁴⁵. Finalmente, se desprende del texto una acusación –como mínimo– a Godoy sobre el trato dado a la princesa. A partir de 1814, la libertad de imprenta de la Guerra de la Independencia se esfumó, y Fernando VII evitó las acusacio-

42. OLMEDO, José Joaquín. «En la muerte de Doña María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias». En *Obras completas. Poesías*. Quito, 1945, pp. 47 y 358.

43. SALVADOR, José del. *Oración fúnebre que en las solemnísimas honras celebradas por la M.N. y L. ciudad de San Sebastián a la Serenísima señora D^a María Antonia de Borbón y Lorena Princesa de Asturias, en los días inmediatos a su fallecimiento, que fue en mayo de 1806, dijo...* Madrid, Imprenta de Don Francisco de la Parte, 1815.

44. «...natural dócil, suave y honestamente halagüeño; su talento perspicaz, vivo y despejado; su inclinación como innata al bien, y aversión al mal; su amor sensible a la Religión de Jesucristo; sus tiernos anticipados sentimientos por los infelices que veía de asiento en las tinieblas del ateísmo; todo este conjunto de atributos que descubrió a los primeros años de su vida ofrecía a la consideración de los cortesanos una idea de aquellas almas grandes que le precedieron en la cuna; un recuerdo vivo de las Berenguelas, Isabeles de Hungría, Portugal y España; un modelo de Religión, una conducta irreprehensible, un libro vivo en que podían estudiar los deberes del catolicismo las Princesas, las Señoras de distinción, las Damas de más edad y cuantos tuvieron la dicha de ver y observar los primeros movimientos de esta alma verdaderamente heroica» (*Ibid.*, pp. 7-8).

45. «¡Pero ay de mí! ¡Dios está irritado contra su ingrato Israel! ¡Dios quiere significarnos cuán ofendido se halla de su pueblo, y que este no será jamás feliz mientras no viva con su Dios! (...) Sí afligida España (...) vuélvete a tu Señor; date por entendida al castigo; acaba de conocer que tu mayor enemigo es tu pecado, y experimentarás que cuando faltó a tu vista empezó a vivir, y a pedir a Dios por ti la amabilísima Princesa...» (*Ibid.*, pp.15-19).

nes más escabrosas contra su familia. Si obviamos alguna alusión al veneno (apta para malpensados⁴⁶), encontramos una acusación a pie de página que el autor habría añadido posteriormente y en la que se critica el olvido oficial a la princesa:

En España se predicán honras a cuantos quieren y dejan con qué pagarlas, siendo muchos tan indignos de ellas que es menester buscar con todo el cuidado una acción del héroe que no sea escandalosa para que el Orador pueda fundar su trabajo. Esto es público y notorio. Pues llega a morir la Princesa de Asturias, en quien no se vio una acción que no fuese edificante, y todos callan. En medio de este silencio alza la voz la M.L. Ciudad de San Sebastián. No teme al político que puede criticar su conducta. Mira a los Católicos Monarcas, al Príncipe, a la ejemplar difunta Princesa, todos dignos de su respeto y amor; y contra todo lo que ve practicar en el Reino ofrece a la augusta Princesa, que existió, unas Honras semejantes en aquellos críticos días...⁴⁷.

Fernando VII se casó tres veces más. La última de sus esposas fue otra napolitana, María Cristina. Un curioso soneto de la época recordaba a María Antonia confirmando que de Nápoles habían de venir las bendiciones para España:

El cielo habló: *la dicha de la España*
Nápoles labrará; y en el instante
De Nápoles le llega un sol brillante,
Que el suelo hesperio con su lumbre baña.
Brillo fugaz! La pérfida guadaña
En flor cortó su juventud triunfante:
Burlada España, la lloró constante,
Y en su pena dudó si el cielo engaña.
El Tajo vuela, el Elba se apresura
Su vacío a llenar: la ley divina
No admite el homenaje, y cae el velo.
El cielo habló: *de Hesperia la ventura*
Nápoles labrará; y al fin Cristina
Viene el decreto a obedecer del cielo⁴⁸.

Si atendemos en cambio a las *Memorias* de Manuel Godoy (la única voz de los desplazados en Aranjuez), encontramos a una María Antonia totalmente distinta, una mujer intrigante y una fatal influencia para el príncipe Fernando.

46. «La novedad en la doctrina, los libros encantadores de almas incautas no tienen que ver con nuestra joven ejemplar Princesa. Si los conoce es para librarse del veneno, para no caer en el lazo que tan libremente arma el enemigo. Triunfante de sus ardidés, desprecia todo lo que ofrece de halagüeño, le pone el pie sobre la cabeza; y en esta disposición da lugar a nuevas luces del cielo...» (*Ibid.*, p.8).

47. *Ibid.*, n. 9.

48. *María Cristina: repara la pérdida sensible de María Antonia de Borbón, Isabel de Braganza, y María Josefa Amalia de Sajonia / por un Profesor de la Escuela Pta*, ca.1829.

Cuenta el Príncipe de la Paz que «un oscuro presentimiento» nubló su alma desde el mismo día de la boda⁴⁹ y considera que la napolitana instigó junto a Escoiquiz al «cruel partido que debía perder a España»⁵⁰. María Antonia, la que para los fernandinos era una inocente princesa, se presentaba a ojos de Godoy como «fiera de condición, viva de ingenio, con un carácter dominante»⁵¹, capaz de arrancar a Fernando los secretos de Estado para hacerse llegar a Inglaterra a través de su madre⁵².

Aunque lo que realmente nos importa en este trabajo son las imágenes y contraimágenes generadas por –o más bien para– estas mujeres, conviene hacer una pequeña apreciación histórica. En este caso nos encontramos con un hecho demostrado, como es el caso de las conspiraciones urdidas en el cuarto de los príncipes de Asturias; un problema político de primer orden al estar los príncipes y sus partidarios en connivencia con la Corte napolitana, aliada de Inglaterra⁵³. La propaganda de Carlos IV corrió un tupido velo sobre la muerte de María Antonia, la animadversión generada por sus intrigas acabó por imponerse al homenaje que la Monarquía tendía a darle a cualquier princesa por el mero hecho de serlo. Por el contrario, la exaltación fernandina hizo de la muerte de la napolitana uno más de los episodios históricos a reinterpretar para maquillar lo que habían sido años de conspiraciones hasta llegar al Motín de Aranjuez.

Esta ha sido la breve historia de la instrumentalización política de la imagen de María Antonia de Nápoles en los años –con la justificada excepción del texto de Godoy– inmediatos a su boda con Fernando VII y a su muerte. Veamos ahora la de su sucesora.

2. Isabel de Braganza: la fabricación de una reina consorte

La segunda mujer de Fernando VII vivió una situación muy distinta a la de su antecesora. Su marido era el rey de España, y como tal, podía poner el aparato propagandístico de la Corona al servicio de la imagen de su consorte. A pesar de las diferencias coyunturales, Isabel y María Antonia tienen en común la carga simbólica y política que se le dio a su matrimonio con Fernando y a sus respectivas exequias.

No parece que los enlaces de Fernando y Carlos M^a Isidro con sus sobrinas Isabel y María Francisca de Braganza llegasen a tener el boato de los de

49. GODOY, Manuel: *Op.cit.*, 2, XI, p. 836.

50. *Ibid.*, 2, XIV, p. 876.

51. *Ibid.*, 2, XIV, p. 878.

52. *Ibid.*, 2, XXI, pp. 1050-1051.

53. LA PARRA, Emilio. *Manuel Godoy...*, *Op.cit.*

1802, pero indudablemente fueron motivo de festejo en toda la Monarquía⁵⁴. Sobre todo en Cádiz⁵⁵ (donde desembarcaron las dos hermanas al final de su viaje desde Brasil), Sevilla⁵⁶ (ciudad por la que pasaron camino a la Corte) y Madrid⁵⁷ (donde se celebraron las bodas).

Todas las descripciones, oraciones y felicitaciones se unen a los últimos coletazos de las celebraciones por el regreso de Fernando VII en 1814. La regeneración y la prosperidad que se esperaban del nuevo rey estaban vinculadas a su enlace⁵⁸. «Esta unión [escribía un académico] tan ansiada por todos los pueblos de la monarquía, acabará, Señor, de cicatrizar las profundas llagas que abrió en el seno de la patria la mano alevosa de un sanguinario conquistador»⁵⁹. El obispo de Menorca recordaba la profecía de Isaías al pueblo de Israel: tras el sufrimiento, Dios les traería la prosperidad⁶⁰. Tras la victo-

54. Se produjo el tradicional indulto. Esta vez por partida doble: *Real Cédula de S.M. Don Fernando VII, extendiendo a los delincuentes militares el indulto que concedió a todos los presos del reino en Real decreto de 29 de septiembre de 1816 con motivo de su enlace con Doña Isabel de Braganza y el de su hermano con la Infanta Doña María Francisca de Asís. En Palacio, a ocho de noviembre de mil ochocientos diez y siete.* 1817.

55. *La ciudad de Cádiz en los felices días de la llegada y mansión de su muy amada Reina y serenísima Señora Infanta.* Cádiz, Oficina de don Nicolás de Requena, Impresor Honorario de la Real Cámara de S.M., del gobierno y ayuntamiento, 1816.

56. GOVÉA Y ÁGREDA, Fr. José. *Fiestas Reales con que celebró la Muy N. y Muy L. ciudad de Sevilla la venida de su Augusta Reina y Señora Doña María Isabel Francisca y de la Serenísima Infanta Doña María Francisca de Asís de Braganza. Se da a luz de orden de su Excmo. Ayuntamiento y la escribió...* Sevilla, Imprenta Real y Mayor, 1816.

57. Véase: CAMACHO MARTÍNEZ, Rosario. «Cénit y ocaso de una reina de España: María Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII». En M.T. Sauret Guerrero y A. Quiles Faz (eds.), *Luchas de género en la Historia a través de la imagen.* Málaga, CED-MA, 2002, vol.II, pp. 199-215. Para una idea visual: *Ornatos en las calles de Madrid con motivo de las entradas de las reinas Doña María Isabel de Braganza y doña María Josefa Amalia en 1816* (BN ER/3073).

58. LAIGLESIA Y DARRAC, Francisco de. *El mejor triunfo del Amor ó El vaticinio cumplido: con parte de música: Representada en Cádiz el 7 de setiembre de 1816 en celebridad de la feliz llegada de las Serenísimas Señoras Infantas de Portugal, y sus augustos enlaces con el Rey Nuestro Señor y el Serenísimo Señor Infante Don Carlos.* Cádiz, en la Oficina de D. Nicolas Gomez de Requena, Impresor honorario de la Real Cámara de S. M., del Gobierno y Ayuntamiento de esta Plaza, ca. 1816.

59. *Discurso de la Real Academia Española al Rey Nuestro Señor con motivo de los augustos enlaces de S.M. con la Reina Nuestra Señora Doña Isabel de Braganza y el Serenísimo Señor Infante D. Carlos con la Serenísima Señora Infanta Doña María Francisca de Asís.* Madrid, en la Imprenta Real, 1816, pp. 1-2.

60. CREUS Y MARTÍ, Jaime. *Sermón que en la solemne acción de gracias celebrada por la Universidad de Jurados Generales de la Isla y particulares de ciudadela el domingo 13 de octubre de 1816 con motivo de los enlaces del Señor Don Fernando VII, Rey de las Españas y Su Serenísimo Hermano Don Carlos María, con las dos Serenísimas Infantas de Portugal Doña María Isabel Francisca y Doña María Francisca de Asís, dijo...* Barcelona, Miguel y Tomás Gaspar, 1816.

ria militar de Fernando, los españoles obtenían con Isabel una madre, símbolo de la fecundidad y la abundancia⁶¹, como la que se esperaba en la agricultura, el comercio y la industria⁶².

La metáfora más extendida fue la de los Reyes Católicos. Se estaban casando un Fernando y una Isabel, «nombres de feliz presagio para la nación española»⁶³. El programa iconográfico de las habitaciones de la reina incluía alusiones a Isabel de Castilla con las imágenes de *La Unión de Granada a España* (de Zacarías González Velázquez) y *La Reina Isabel I, la Católica, desprendiéndose de sus joyas para entregarlas a Colón* (de José Camarón Meliá). La decoración, muy cargada de significado, se completaba con una representación de la caridad de Santa Isabel de Portugal (firmado por Goya), dos episodios de la vida de San Hermenegildo y un cuadro sobre las virtudes de la Monarquía⁶⁴.

Igual que los mitificados Reyes Católicos habían sacado a España de «aquellos miserables días en que hallándose sojuzgado este país por los sarracenos parecía faltar aún la esperanza del rescate»⁶⁵, Fernando VII e Isabel de Braganza resarcirían al país de la invasión francesa. Igual que «en fines del siglo XV y principios del XVI se desterró la ignorancia, huyó la superstición y se fijaron los sólidos cimientos de la buena enseñanza; en el siglo XIX preponderará la sana crítica, serán rápidos los progresos de las artes y alcanzarán las ciencias su perfección»⁶⁶. Se esperaba que Isabel fuese tan buena esposa como la «Católica» y que su reinado fuese tan pacífico como el de otra Braganza, Bárbara, la consorte de Fernando VI⁶⁷.

61. ENCISO CASTRILLÓN, Félix. *Proyectos de una función: opereta en obsequio de los felices himeneos de SS.MM. y AA. ejecutaron los caballeros seminaristas del Real Seminario de Nobles de Vergara y sus maestros*. Madrid, Imprenta Real, 1817. Esta obra de Enciso Castrillón fue publicada en la Imprenta Real «De Orden de Su Majestad».

62. *Discurso de la Real Sociedad Económica Matritense al Rey Nuestro Señor Don Fernando VII, con motivo de los augustos enlaces de S.M. con la Reina Nuestra Señora Doña Isabel de Braganza, y del... Infante Don Carlos con la... Señora Infanta Doña María Francisca de Asís*. Madrid, Imprenta de Sancha, 1816.

63. *Discurso de la Real Academia Española al Rey Nuestro Señor... Op.cit*, p. 4. Según escribiría el gobernador de Ocaña en 1817, el propio Fernando VII esperó la llegada de Isabel en Ocaña, villa en la que había vivido Isabel de Castilla antes de casarse. El gobernador exageraba hasta el punto de decir que los Reyes Católicos se habían casado allí en 1469 (*Gaceta de Madrid*, 106, 4 de septiembre de 1817, p. 941).

64. MARTÍNEZ CUESTA, Juan. «Francisco de Goya y la decoración del Tocador de la reina doña María Isabel Francisca de Braganza». *Reales Sitios*, 128 (1996), pp. 48-61.

65. GONZÁLEZ, Francisco Antonio. *Discurso que a nombre de la Real Biblioteca y con el plausible motivo del deseado enlace de Su Majestad con la Reina Nuestra Señora y el de los Serenísimos Infantes hizo el bibliotecario mayor interino D...* Madrid, Imprenta de D.M. de Burgos, 1816, p. 7.

66. *Ibid.*, p. 11.

67. *Discurso de la Real Sociedad Económica Matritense al Rey Nuestro Señor... Op.cit*.

Especialmente política fue la interpretación que dos miembros de la Iglesia dieron a la boda. El ya citado obispo de Menorca, Jaime Creus y Martí, recordaba que Portugal había formado parte de la Monarquía Hispánica «por muchísimos años» y que «una revolución lo desmembró y los deseos de recobrarlo han causado sangrientas guerras». Convenía pues el enlace para mantener la paz peninsular, pero también para una posible anexión: «¿quién sabe si con el tiempo esta reunión de familias podrá pacíficamente producir la de los Reinos?»⁶⁸. Esta alianza también era útil para resistir otro futuro ataque francés, por «la volubilidad, la inconstancia, la ambición, el desentono de ideas de esta orgullosa nación»⁶⁹.

Un religioso afincado en Perú, Mariano Bolívar, aprovechó el enlace regio para exaltar en Cádiz la fidelidad de las colonias a Fernando VII. El fraile recordaba la fidelidad del virrey Abascal, que había ayudado al general Goyeneche en sus victorias, y la ayuda económica prestada a la causa fernandina por muchos de sus vasallos de aquellas tierras. De nuevo las fiestas eran una excusa para lanzar un mensaje político, en este caso el del amor de «ambos hemisferios» a su rey y a su nueva reina:

...en medio de tan agradables sensaciones sorprendía mi pobre espíritu la funesta memoria de ciertos folletos, con que algunos desventurados olvidados de lo que deben a Dios y al César habían diseminado entre muchos de aquellos pueblos la cizaña de la Independencia, los que por este principio se veían excluidos de tomar parte en una celebridad tan digna de toda suerte de sacrificios. Mas a semejantes sandeces no habéis de dar crédito Hermanos míos, sino que me habéis de escuchar a mí, porque al fin soy vuestro paisano, y que hallándome ligado aquel dichoso suelo con las mismas relaciones que vosotros, naturalmente he de desear su mayor ensalzamiento⁷⁰.

Aunque la tradición asegura que el breve matrimonio de Fernando e Isabel no fue feliz, precisamente, es evidente que el rey quiso dar a su segunda consorte todos los honores que no había podido conceder a la primera, dando a su mujer el peso propagandístico que había tenido María Luisa de Parma. Isabel se puso a la cabeza de la Junta de Damas de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País y de la Orden de Damas de la reina María Luisa⁷¹. En 1816 se redactaron unos nuevos estatutos de dicha Orden en los que Isa-

68. CREUS Y MARTÍ, Jaime: *Op.cit.*, p. 9.

69. *Ibid.*, p.10.

70. BOLÍVAR, Mariano. *Triunfos con que el 4 de septiembre de 1816 manifestó el Cielo ser de su divino beneplácito el sagrado enlace entre las augustas casas de Borbón y Braganza y los transmite a sus paisanos en obsequio de Dios y de nuestros idolatrados Soberanos, el M.R.P. Fr. Mariano Bolívar*. Cádiz, Imprenta de Hércules, 1816, pp. 26-27.

71. Para todo esto, véase: CALVO MATORANA, Antonio: *María Luisa de Parma...Op.cit.*

bel sustituía a su suegra y abuela, que había seguido otorgando bandas en su exilio romano⁷². Son abundantes, asimismo, los retratos de Isabel de Braganza en proporción al poco tiempo que estuvo en el trono. La Biblioteca Nacional conserva algunas estampas alegóricas⁷³ similares a las que se habían realizado de María Luisa como matrona de las artes y las letras.

La expectativa de que Fernando tuviera un heredero hizo que Isabel fuera valorada también como madre⁷⁴. La *Gaceta* anunció el nacimiento de la infanta María Isabel Luisa⁷⁵, haciéndose eco del entusiasmo popular ante Palacio y de las celebraciones en varias ciudades⁷⁶. Junto a los partes favorables de salud de la reina y la infanta, había notas sobre la maternidad de Isabel, que alimentaba a su hija con su propia leche⁷⁷. El 9 de enero murió la infanta María Isabel Luisa⁷⁸, pero aún más desgraciadas consecuencias tendría el segundo parto de la reina, que les costó la vida a madre e hija el 26 de diciembre de 1818.

Desde luego, la noticia de la muerte de Isabel no tuvo nada que ver con la de María Antonia. La *Gaceta* anunció que la fecha del fallecimiento de la reina sería «un día de eterno y doloroso luto para la Monarquía española» por la pérdida de una mujer cuyas virtudes se ensalzaban⁷⁹. Al contrario que el de

72. «En veinte y cinco de Octubre de mil ochocientos diez y seis tuvo a bien el Rey mi Señor y mi muy amado Esposo expedir el siguiente decreto, dirigido a D. Pedro Cevallos, encargado entonces de la primera Secretaría de Estado y del Despacho.

«Con fecha de veinte y uno de Abril de mil setecientos noventa y dos tuvo a bien mi augusto Padre el Sr. D. Carlos IV expedir el decreto siguiente (...) Y deseando Yo que mi muy amada Esposa goce de las mismas preeminencias y prerrogativas concedidas en dicho decreto a mi augusta Madre, he venido en declararlo así. Tendreislo entendido, y comunicareis las órdenes convenientes a su cumplimiento».

A fin de que esta soberana determinación de mi muy amado Esposo tenga el más pronto y debido cumplimiento, he venido en dirigir al mismo D. Pedro Cevallos el decreto que sigue...» (*Estatutos de la Real Orden de la Reina María Luisa*. En la Imprenta Real, 1816).

73. BN IH/5388/7 e IH/5388. Isabel presenta los atributos de la abundancia, el arte, la música e incluso el amor.

74. Existe incluso un poema manuscrito a la noticia del mero embarazo de la reina: POLLASTRINI, Carlo. *Elogios dedicados a SS.MM. Don Fernando 7 y Doña Isabela de Braganza sobre el feliz preñado* (Real Biblioteca, II/1753).

75. *Gaceta de Madrid*, 101 (23 de agosto de 1817), pp. 898-899.

76. Por ejemplo, la de Santander: *Gaceta de Madrid*, 128 (25 de octubre de 1817), p. 1140.

77. *Gaceta de Madrid*, 110 (13 de septiembre de 1817), p. 977.

78. *Gaceta de Madrid*, 8 (17 de enero de 1818), pp. 65-66.

79. *Gaceta Extraordinaria de Madrid*, 157 (27 de diciembre de 1818), pp. 1297-1299. El entierro fue descrito unos días más tarde: *Suplemento a la Gaceta de Madrid* (12 de enero de 1819), pp. 41-44.

1806, el parte médico fue mínimo, muerte de Isabel y cesárea inútil, aunque la versión extraoficial que quedase fuese otra⁸⁰.

Los funerales por la muerte de Isabel de Braganza fueron sonados⁸¹. Fernando VII había ordenado⁸² que se hicieran «en los mismos términos que se ejecutaron por el Sr. Don Carlos III»⁸³. Pero los fastos no fueron iguales, pues la Iglesia recuperó en estos el protagonismo que Sociedades y Academias le habían quitado en las honras fúnebres de 1789. Parecía que los poderes fácticos que habían llevado al trono a Fernando VII en 1808 y al poder absoluto en 1814 querían demostrarle de nuevo su fidelidad y agradecerle los servicios prestados⁸⁴. Los oradores religiosos recordaban que la fe católica había vuelto a España gracias a su rey.

En esta misma línea, son muy llamativas las exequias que los Grandes de España celebraron en honor de la mujer de Fernando. Como el encargado de la oración fúnebre reseñó, se trataba de unas honras que los nobles «jamás

80. Existe la idea de que los médicos dieron a la reina por muerta cuando sólo estaba desmayada; en ese caso, la causa de su muerte habría sido una brutal cesárea.

81. Los ejemplos de Sevilla, Roma y El Ferrol en: CAMACHO MARTÍNEZ, Rosario. «Exequias sevillanas por la reina D^a María Isabel de Braganza». *Archivo hispalense*, 83, 252 (2000), pp. 37-50; GARCÍA SÁNCHEZ, Jorge. «Los funerales de María Isabel de Braganza en Roma». *Goya: Revista de Arte*, 301-302 (2004), pp. 265-274; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Pedro Javier. «Un ejemplo de arquitectura efímera del siglo XIX: el túmulo de la reina Isabel de Braganza y los reyes padres en Ferrol. Aportación documental». *Estudios mindonienses: Anuario de estudios histórico-teológicos de Mondoñedo-Ferrol*, 10 (1994), pp. 499-515.

82. Por poner un ejemplo, esta es la orden recibida en Pamplona: «Magníficos y bien amados míos Alcaldes y Regidores de la M.N. y M. L ciudad de Pamplona. Habiéndose servido nuestro Señor de pasar de esta a mejor vida a la Reina, mi muy cara y amada Esposa en la noche del veinte y seis del corriente a las nueve y veinte cinco minutos de ella, he resuelto con el dolor que me debe este tan sensible contratiempo avisaros de ello, para que como tan buenos y leales vasallos cumpliendo con vuestra obligación dispongáis que en esa Ciudad se hagan las honras, funerales y demostraciones que en semejantes casos se acostumbran. De Palacio a veinte y ocho de Diciembre de mil ochocientos diez y ocho = YO EL REY = Por mandado del Rey Nuestro Señor = Juan Ignacio de Ayestarán» (ARVIZU Y ECHEVERRÍA, Javier María. *Parentación y afectuoso sentimiento que la... ciudad de Pamplona... consagró a la memoria de... Doña Isabel Francisca de Braganza y Borbón, Reina de las Españas en las majestuosas exequias que... celebró en su Iglesia Catedral en los días 19 y 20 del mes de Enero del año 1819*. Pamplona, Imprenta de Longás, 1819, pp. 10-11).

83. *Gaceta de Madrid*, 38 (30 de marzo de 1819), pp. 330-333.

84. Entre los oradores religiosos hay personajes de cierto renombre como Manuel Fernández Varela, caballero de la Orden de Carlos III y consejero, Antonio García Bermejo, también consejero, o el académico Francisco Antonio González. Todos eran predicadores del rey.

hicieron a ninguna otra soberana de la España»⁸⁵. El acto tuvo lugar el día 17 de marzo⁸⁶, como si los grandes quisieran conmemorar el centenario del Motín de Aranjuez.

A principios de 1819 murieron los Reyes Padres, Carlos y María Luisa, así que el aparato representativo de la Monarquía tuvo que hacer frente a tres funerales. Fernando estaba muy interesado en cambiar su imagen de mal hijo⁸⁷, así que homenajeó a sus padres junto a su esposa. En palabras de un orador americano:

Apenas respiraba el público de la opresión de su primer dolor por la muerte de la Reina Nuestra Señora DOÑA MARÍA ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA con las demostraciones con que lo había desahogado en los días 14, 19 y 24 de Abril, cuando tuvo que rendirse al peso de otra no menos opresora pesadumbre por el funesto anuncio que corrió en fines de Junio de haber igualmente terminado la carrera de su vida los Señores Reyes Padres DON CARLOS CUARTO, y DOÑA MARÍA LUISA DE BORBÓN. Creció el sentimiento visiblemente, y la consternación luego que las noticias de oficio se tuvo la infausta certidumbre de su fallecimiento, acaecido en los días dos, y diez y nueve de Enero del presente año⁸⁸.

Es importante destacar la recurrente alusión que las fuentes hacen al dolor, tanto del rey como de sus vasallos, por la muerte de Isabel. Javier Varela⁸⁹ detectó en los monumentos funerarios una actitud prerromántica de superposición del sufrimiento a la alegría por la marcha al más allá, algo que se puede

85. *Relación de las exequias que celebraron los Grandes de España en la Iglesia de S. Isidro el Real de esta corte el día 17 de marzo de 1819 en sufragio de la Reina Nuestra Señora Doña María Isabel Francisca de Braganza (Q.E.E.G.) y oración fúnebre que en ellas dijo el Sr. Licenciado Don Antonio García Bermejo...* Madrid, Imprenta de don Miguel de Burgos, 1819, pp. 8-9.

86. *Gaceta de Madrid*, 91 (17 de marzo de 1819), pp. 370-371.

87. En el anuncio de la muerte de María Luisa se expresa el dolor de Fernando por «la dolorosa muerte de una Madre a quien amaba con la mayor ternura» (*Suplemento a la Gaceta de Madrid*, 23 de enero de 1819, p. 85). Véase: CALVO MATURANA, Antonio. «Del fango de los panfletos al incienso de las exequias: la paradójica rehabilitación fernandina de María Luisa de Parma (1815-1819)». En J.L. Castellano Castellano y M.L. López-Guadalupe Muñoz (coords.). *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*. Granada, Universidad de Granada, 2008, vol. III, pp. 183-202.

88. *Reales exequias de la Señora Doña María Isabel Francisca de Braganza, augusta esposa del Señor Fernando VII, Rey de las Españas y de sus Dignísimos y Augustos Padres los Señores Don Carlos IV, y Doña María Luisa de Borbón, celebradas en la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara. Capital del Reino de Nueva Galicia, en los días diez y once de Octubre de 1819, trece, catorce y quince de Enero de 1820 y Elogios fúnebres que se consagran a su Memoria*. En la imprenta de la Viuda y Herederos de Don José Romero, s.a., p. 21.

89. VARELA, Javier. *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la Monarquía Española (1500-1885)*. Madrid, Turner, 1990, pp. 164-167 y 190.

apreciar igualmente en las oraciones y composiciones literarias. Recojo, por llamativas y novedosas, las recreaciones en el sufrimiento de los españoles:

...resuenan aún con ayes lastimeros las bóvedas del Palacio Real, las habitaciones de la nobleza, los aposentos de la plebe, las ciudades y villas, las aldeas y alquerías, los ángulos de este península, los remotos confines de la India. Lloraron y lloran el Monarca más amable, los esclarecidos Infantes, los grandes, los literatos, los empleados públicos, los criados del Real Palacio, los artistas y sus menestrales, los ancianos y jóvenes, las mujeres y niños. Lloraron y lloran: llorarán nuestros ojos por mucho tiempo esta desventura, capaz de enternecer y de excitar a compasión a las criaturas insensibles. Todo ha sido lamentos desde aquel infausto instante, todo es desconuelo, todo aflicción, todo dolor, amarguras todo⁹⁰.

Yo, Señor, adoro vuestros juicios, pero me es imposible sofocar mi dolor. Díeráisnos unas entrañas de peñasco y no sintiéramos, pero tenemos un corazón de carne. ¿Y quién le tiene y no llora? Salid sin rubor, lágrimas de mis ojos, salid y pagar el tributo de amor a mi reina (...) No, jamás me avergonzaré de ellas. Yo las vi derramar también a muchos, que presentaron más de una vez impávidos su pecho al ímpetu de las balas, y a los que no estremecido el inminente riesgo de su vida enterneció la temprana muerte de su amada Reina. Lloró Madrid en masa luego que la supo, cubriose de amarillez el rostro de las vírgenes, sus moradores andaban como desatentados en fuerza de la pena; el gemido que lanzó la corte resonó desde las columnas de Hércules hasta los Pirineos, y se hizo general el llanto de toda la nación⁹¹.

En cuanto a la imagen que se mostró de Isabel de Braganza, prácticamente todas las composiciones religiosas presentaron una serie de puntos comunes, tales como el designio divino que unió a un rey recluido en Valençay y a una princesa huída a Río de Janeiro por culpa de Napoleón, o el recuerdo de la boda y las esperanzas depositadas por los españoles en el enlace⁹². Aunque es la coincidencia de los textos en definir a Isabel como «mujer fuerte»⁹³ la que hace pensar en una referencia común de todos los oradores para componer sus discursos:

Ella es la *mujer fuerte* que describe el rey Sabio, que vela, que trabaja, que nunca se halla ociosa: ella preside su casa y su familia: ella toma sus cuentas, ponen en regla a sus gastos, la enseña, la dirige, la exhorta, la edifica, y

90. GONZÁLEZ, Francisco Antonio. *Oración fúnebre que en las solemnisimas exequias celebradas el día 2 de marzo en la Iglesia de San Francisco de esta Corte a expensas del Rey Nuestro Señor por su amada esposa Doña María Isabel de Braganza, dijo el doctor don...* Madrid, Imprenta Real, 1819, p. 8.

91. *Relación de las exequias que celebraron los Grandes de España...* Op.cit., p. 8.

92. Fueron constantes los recuerdos a los Reyes Católicos, y al paralelismo ya mencionado con Fernando VII e Isabel de Braganza.

93. Esta expresión («mujer fuerte») la usaron Manuel Fernández Varela, Juan Crisóstomo Manero y José Verde en sus respectivas oraciones fúnebres.

hacen en fin los oficios de maestra y de madre, siendo el ejemplo de todos sus sirvientes⁹⁴.

Igual que había ocurrido con los elogios a María Luisa de Parma en el reinado anterior, las referencias a Isabel de Braganza nos acercan al arquetipo femenino vigente. Tal y como escribió Miguel Angulo en su dedicatoria al rey, publicar las virtudes de la reina, interesaba a «las costumbres públicas de la Nación española»⁹⁵. Por encima de su buena educación y su gusto por las artes (en breves aunque constantes referencias en los textos), las oraciones fúnebres destacaban la probidad de la reina. La Junta de Damas elogiaba el uso responsable que la difunta hizo de su cultura:

Limitada a la esfera de su sexo, jamás su amor a la lectura se convirtió en la culpable ambición de ese saber aparente que ha dado origen a los errores de tantos sofistas que han osado poner en duda las santas verdades de la revelación. Leía para afianzarse en el amor a sus obligaciones, para tener modelos que imitar, para enriquecer con su instrucción saludable las cristianas luces del entendimiento⁹⁶.

Como esposa antes que reina, podemos leer que, a ojos de Isabel, «Fernando Séptimo era también Soberano»⁹⁷. Se repite en los textos el mismo pasaje, que representa el ideal de esposa abnegada que pide perdón al ver a su marido serio e incluso al haber dado a luz a una niña:

A veces veía al Rey menos festivo que otras, tenía entonces la mayor amargura, y aquella alma sensible no hallaba otro consuelo que presentarse a su augusto esposo, arrodillarse a sus Reales pies, besarle la mano, acariciarle, pedirle perdón y decirle con asombro del mismo Rey: «Fernando mío, ¿te he incomodado yo? Perdóname, que si lo hice fue no queriendo ofenderte» (...) Llega la hora del parto, y libre Isabel del peligro en que estuvo, cuando le anunciaron que había parido una niña, con semblante alegre y voz

94. FERNÁNDEZ VARELA, Manuel. *Oración fúnebre por la Reina Nuestra Señora Doña María Isabel Francisca de Braganza, predicada en la Santa Iglesia Catedral de Lugo el día 15 de febrero del presente año*. Madrid, Imprenta de Don Miguel de Burgos, 1819, p. 33.

95. ANGULO Y LEUNDA, Miguel. *Oración fúnebre de Doña María Isabel Francisca de Braganza, reina de España y de las Indias en las... exequias celebradas en la... Iglesia... de Calahorra el día 31 de enero de 1819, dijo Miguel de Angulo... quien lo dedica al rey N.S. Don Fernando VII*. Madrid, Imprenta de don Miguel de Burgos, 1819.

96. VILLAFRANCA, Marquesa de. *Elogio de la Reina Nuestra Señora Doña María Isabel de Braganza, leído en virtud de acuerdo de la Junta de Señoras de esta Corte, por la Excma. Señora Marquesa de Villafranca, duquesa de Medina-Sidonia en la sesión celebrada el día 17 de febrero de 1819*. Madrid, Imprenta de Repulles, 1819, pp. 5-6.

97. *Ibid.*, p. 9.

interesante dijo a S.M.: «perdóname Fernando mío, que yo no tengo la culpa. Dios nos dará un Príncipe, que sea heredero del trono y de sus virtudes»⁹⁸.

La oración fúnebre que compuso Manuel Fernández Varela resume todas las virtudes femeninas, tan acentuadas en Isabel de Braganza que la hacían merecedora del título de «santa»:

Así en cualquiera estado que se la considerase; bien sea cuando niña obediente, aplicada, dócil, devota, inocente y sencilla; bien sea cuando joven modesta, recatada, humilde, religiosa, benéfica y discreta; bien sea cuando esposa amable, cariñosa, sumisa, fidelísima, apacible y honesta; bien sea cuando Reina prudente, edificante, celosa, compasiva, generosa y humana; bien sea cuando madre entrañable, oficiosa, tierna y adicta a cuidar de sus hijos; la veréis siempre como un cabal modelo digno de proponerse a todas las mujeres en todas clases y estados de la vida, hermoseada siempre por su mucha piedad; y siempre dirigida por *el temor de Dios*⁹⁹.

Para cerrar este apartado, podemos decir que las exequias de Isabel de Braganza fueron uno de los últimos exponentes del ceremonial regio del Antiguo Régimen. Las virtudes tradicionales se exageraron hasta la santidad y los catafalcos fueron tan desproporcionados que décadas después se recordarian como «monstruosos»¹⁰⁰. Confirmaron también la tendencia del XVIII de personalizar los discursos fúnebres haciendo –dentro de un modelo básico– múltiples referencias a la biografía del homenajeado. No obstante, se pueden rastrear pasajes más propios del XIX como la libertad de la presidenta de la Junta de Damas para llamar a Isabel «amiga»¹⁰¹ o las alusiones a su españolidad:

Así acreditó con obras sus protestas verbales de eterna unión a España, y que nada la era más caro que sus intereses. Desde que subí al trono español (decía muchas veces) yo no pertenezco ya sino a la España; y si en Portugal tengo mi patria, y en Río de Janeiro mis Padres, en España tengo mi corazón y mis obligaciones»¹⁰².

Transcurridos unos meses del fallecimiento de Isabel, Fernando volvió a casarse, pero los homenajes a su segunda esposa no se detuvieron. En 1826 se encargó a José Álvarez Cubero la conocida y espléndida estatua neoclásica que

98. VERDES, José. *Oración fúnebre que en las... exequias de la Reina Católica María Isabel Francisca de Braganza... en la Coruña el día 12 de febrero de 1819*. Coruña. Imprenta de Arza y Rodríguez, 1819, pp. 20-26.

99. FERNÁNDEZ VARELA, Manuel: *Op.cit.*, p. 51

100. GARCÍA SÁNCHEZ, Jorge. *Op.cit.*

101. «Adorada como reina, querida como amiga, respetada como madre tierna y esposa fiel, nos fue arrebatada cruelmente» (VILLAFRANCA, Marquesa de. *Memoria instructiva de los negocios de la Real Junta de Señoras de Honor y Mérito, presentada por su presidenta...* Madrid, Sancha, 1819, p. 14).

102. *Relación de las exequias que celebraron los Grandes de España...* *Op.cit.*, p. 22.

hoy conocemos. En 1829, Bernardo López Piquer la retrató como fundadora del Museo del Prado.

3. Conclusiones

Con M^a Josefa Amalia de Sajonia y María Cristina de Nápoles se cierra la cuenta de las esposas de Fernando VII. A las cuatro consortes del monarca, hay que sumar a sus hijas, Isabel y Luisa Fernanda. En total seis mujeres que vivieron en la Corte de principios del siglo XIX, un siglo tan rico en fuentes, tan variado en facciones y tan misógino, que puede dar lugar a estudios como este sobre cada una de ellas.

Me detengo aquí por ahora, esperando haber demostrado que, por encima del peso político real que pudieran tener, las mujeres de la realeza soportaron en la vida y en la muerte una carga simbólica llena de matices, sobre todo en las últimas décadas del Antiguo Régimen español. Por tanto, el de género es un factor histórico fundamental que no debe ser olvidado a la hora de analizar el peso de figuras femeninas regias aparentemente intrascendentes a nivel biográfico, pero simbólicamente muy significativas.

María Antonia de Nápoles pasó de ser un instrumento político para la alianza hispano-napolitana a convertirse en un elemento de discordia. Las fuentes oficiales de Carlos IV la olvidaron a partir de 1802, lo que supone un curioso caso de superposición de la inquina personal –por muy justificada que fuera– a las costumbres del aparato honorífico de la monarquía. El elogio de la difunta en unas exequias era una excusa para ensalzar al sistema, algo que olvidaron Carlos IV y María Luisa en 1806, pero no Fernando en 1819 cuando murieron sus padres, momento aprovechado para presentarse ante el público como el buen hijo que nunca fue.

Godoy retrató en sus *Memorias* a una princesa conspiradora que acabó de enfrentar a Fernando con sus padres y que traicionaba a la Corte española transmitiendo información confidencial a Inglaterra a través de su madre María Carolina (hecho verídico, por cierto). En cambio, los pasquines fernandinos convirtieron a María Antonia en princesa mártir, haciendo de ella un episodio más de la supuesta persecución de su adorado líder. Aún en 1815, Fernando permitió la publicación de textos que recordasen a su primera esposa. A lo largo del XIX, este relato alimentó la leyenda negra de María Luisa y Godoy en el contexto de las conspiraciones con que la historiografía liberal quiso aliñar a la Corte del Antiguo Régimen. María Antonia sólo había sido princesa de Asturias poco más de tres años.

Isabel de Braganza fue reina durante aproximadamente el mismo tiempo. Pero en esta ocasión Fernando era rey, y pudo hacer de su esposa el centro de

la propaganda oficial. Su boda fue una inyección de esperanza y regeneración tras los sufrimientos supuestamente compartidos por *El Deseado* y los españoles. Con las exequias, se buscó una manifestación a gran escala del amor de los súbditos a su monarca, encabezado por la Iglesia y acompañado por la inusitada manifestación de las condolencias de los Grandes como grupo; unos y otros rendían pleitesía a su líder en Aranjuez: Fernando VII.

Aunque vivieron diferentes coyunturas históricas, ambas mujeres tuvieron algo en común: su imagen fue gestionada e instrumentalizada por el poder. Este –en la medida de lo posible– las relegaba personalmente en los espacios de influencia, pero las necesitaba para conformar su discurso maniqueo de arquetipos y estereotipos; su efectiva dialéctica de héroes y heroínas contrapuestos a antihéroes y «antiheroínas».

Referencias bibliográficas (selección)

- BURDIEL, Isabel. *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*. Madrid, Espasa, 2004.
- CALVO MATURANA, Antonio. *María Luisa de Parma: reina de España, esclava del mito*. Granada, Universidad de Granada, 2007.
- CALVO MATURANA, Antonio. «Del fango de los panfletos al incienso de las exequias: la paradójica rehabilitación fernandina de María Luisa de Parma (1815-1819)». En J.L. Castellano Castellano y M.L. López-Guadalupe Muñoz (coords.), *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*. Granada, Universidad de Granada, 2008, vol. III, pp. 183-202.
- CAMACHO MARTÍNEZ, Rosario. «Cénit y ocaso de una reina de España: María Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII». En M.T. Sauret Guerrero y A. Quiles Faz (eds.), *Luchas de género en la Historia a través de la imagen*, Málaga, CEDMA, 2002, vol. II, pp. 199-215.
- GARCÍA SÁNCHEZ, Jorge. «Los funerales de María Isabel de Braganza en Roma». *Goya: Revista de Arte*, 301-302 (2004), pp. 265-274.
- GODOY, Manuel. *Memorias*. Alicante, Universidad de Alicante, 2008.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio. *Manuel Godoy. La aventura del poder*. Barcelona, Tusquets, 2002.
- MARTÍNEZ CUESTA, Juan. «Francisco de Goya y la decoración del Tocador de la reina doña María Isabel Francisca de Braganza». *Reales Sitios*, 128 (1996), pp. 48-61.
- PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles. *Barcelona, Corte. La visita de Carlos IV en 1802*. Barcelona, Universidad, 1973.
- PITOLLET, Camille. «Notes sur la première femme de Ferdinand VII. Marie-Antoinette-Thérèse de Naples». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XVIII-XIX (1914-1915).

- SCHULTE, Regina. «The queen –a middle class tragedy–: the writing of History and the creation of myths in nineteenth-century France and Germany». *Gender and History*, 14.2 (August 2002), pp. 266-293.
- VARELA, Javier. *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la Monarquía Española (1500-1885)*. Madrid, Turner, 1990.
- VILLAURRUTIA, Marqués de. *Las mujeres de Fernando VII*. Madrid, Francisco Beltrán, 1916.